

COMENTARIO DE PELICULAS

FILMS' ANALYSIS

Javier Urrea Portillo

ACUSADOS

Escrita por Tom Topor

Dirigida por Jonathan Kaplan

Una chica que fue abandonada por su padre cuando ella nació, a quien su madre tampoco le hace mucho caso, que trabaja como camarera y consume habitualmente alcohol y marihuana, que convive con un joven músico que trapi-cha con droga llega a un bar, ha ingerido algunas cervezas y fumado hachís, lleva la falda corta y baila de manera insinuante. De pronto lo que era un juego, un pasatiempo se convierte en una triple violación entre los aplausos de quienes hubieran podido evitar tan deleznable conducta.

Hasta aquí los hechos que se comprueban ginecológicamente veraces, lo que se ratifica por las lesiones y por una llamada telefónica que alerta a la policía de lo que está aconteciendo cuándo es brutalmente abusada entre el júbilo inflamado de unos machos que se aclaman.

No hay dudas, es una triple violación. La víctima solicita a la ayudante del fiscal "que encierren eternamente a esos hijos de puta".

Se inicia la segunda victimización, la ayudante del fiscal, anticipando lo que

acontecerá ante el jurado en la sala de juicios le interroga "¿Ha hecho el amor con más de un hombre a la vez?, ¿tiene antecedentes?, ¿le ha pegado algún hombre y le gustó?, ¿con qué frecuencia va sola a los bares?, ¿lleva ropa interior cuando va de bares?, ¿cuánto alcohol y marihuana ingiere?".

La ayudante del fiscal tiene un problema, demostrar que su cliente ha sido violada y es que ¿una víctima es un testigo fiable?. Creo que este es el tema central de la película.

Pero también lo es que se convierta a una víctima en acusada, en provocadora, en causante directa de una violencia instintiva, animal.

La odisea por la que pasa la víctima no sólo de la agresión sino de un sistema judicial que en aras de preservar la presunción de inocencia y con un tufillo marcadamente masculino en el peor sentido, el que entiende, justifica y si bien no aprueba, no recrimina la incontinencia de pulsiones, es una peripecia compartida por muchas, muchísimas víctimas.

La víctima es la gran olvidada del sistema judicial y en ello tiene una responsabilidad la sociedad que empieza a rebelarse ante tamaño dislate e injusticia.

Continúa avanzando la cinta y la ayudante del fiscal asesorada por este, pacta con los tres abogados modificar la valoración de "violación", por "imprudencia punible".

Se ha pactado sin pedir la opinión a la víctima, la cual se siente profundamente traicionada. Se corta el pelo y expulsa a su novio de su casa.

Es una joven rota, se encuentra con un hombre que vio lo que sucedió y vuelve a ser ridiculizada. Se enfrenta.

La víctima (y la sociedad) precisa que haya una respuesta sancionadora, pero sobre todo que se la tenga en cuenta, que es parte fundamental del proceso, que el daño lo ha sufrido ella.

Un día, Irene Villa me explicó algo inolvidable, la Justicia puede hacer justicia, pero el perdón sólo lo puede conceder la víctima.

La ayudante del fiscal, la única que sufre (ya) junto a la víctima (son las dos únicas mujeres que participan en el juicio - pues la otra, una camarera que vio lo ocurrido huyó del lugar para no complicarse pese a ser amiga de la víctima-), entiende a quien es más que perjudicada e inicia un juicio contradictorio buscando sancionar a quienes vieron lo que ocurrió y no lo impidieron. (Mientras, los ejecutores serían sancionados dado el acuerdo alcanzado de 2 a 5 años).

Pero digo, lo que se debate no es la cuantía de la sanción sino si la víctima se siente reparada, aunque sea en su dignidad.

Y pese al mecanismo utilizado por la defensa para privar de respeto y por ende de autenticidad la declaración de

esa testigo que coincide que es la víctima, la sentencia final recaída es la de culpables de inducción criminal.

Cierto es, que con el apoyo de aquel testigo varón que vio lo acontecido y si bien no tuvo el valor de enfrentarse a los agresores, si llamó por teléfono a la policía y mantuvo en el juicio lo que había visto.

La película apunta otros "fleclos" como son el miedo y las ganas de no complicarse la vida, para no declarar. Piénsese que sin testigos sólo queda la víctima, si es que sigue con vida y un o unos culpables que tienen muchas más posibilidades de quedar sin respuesta y por tanto de reincidir.

También deja entrever la cinta los riesgos de los equívocos en la comunicación gestual, sobre todo cuando ésta se produce en ámbitos sórdidos. No es cierto que la víctima propicie o dé razón de ser -¡jamás!- al agresor, pero no es menos cierto (aunque ahora se diga que es "políticamente incorrecto") que ciertas actitudes y conductas pueden y de hecho provocan respuestas no buscadas, qué decir por ejemplo de los anuncios en los periódicos donde se puede leer "hazme tuya, haz con mi cuerpo lo que quieras, lo aguanto todo, me gusta". ¿Qué puede ocurrir si quien contrata "los servicios" es un sádico?

Junto a lo referenciado hay otro trazo que señala con dedo acusador y certero, cómo un grupo de ciertos varones puede entender y vivenciar una triple violación como una orgía, un espectáculo.

La película deja ese sabor amargo de ver a tantos hombres que se congratulan con la brutalidad, que la corean. Los psicólogos hace mucho tiempo que sabe-

mos cuáles y qué poder tienen las influencias sociales ejercidas como presión, para que las personas actúen contrariamente a sus creencias y valores. ¡Cuánto más si lo que acontece no es interior y profundamente repudiado!

Lo sabemos gracias a magníficas investigaciones y experimentos de colegas que nos han precedido, es el caso de Asco que estudió algunas condiciones que inducen a los individuos a permanecer independientes o a someterse a las presiones del grupo aunque éstas sean contrarias a la realidad.

Otro interesantísimo experimento fue el de Milgran, consistía en contabilizar la cantidad de descargas eléctricas que un sujeto está dispuesto a darle a otra persona cuando un experimentador le ordena que le aplique a la "víctima" un castigo cada vez más severo.

Los resultados expresados en términos de la proporción de sujetos obedientes ante sujetos desafiantes son: el 34% de los sujetos desafiaron al experimentador en la condición remota, el 37,5% en la de retroalimentación con voz, el 60% en la de proximidad y el 70% en la de proximidad al tacto.

El experimento tiene dos interpretaciones, la primera apunta a la fácil deshumanización del hombre y su también fácil condicionamiento para conducirse cruelmente, su antónima valora la manifestación indignación y horror de la mayoría contra ese comportamiento sádico.

Los resultados en todo caso son preocupantes y este estado emocional se agrava al pasar al tercer experimento.

Estudio realizado por P.H.G. Zimbardo en 1.972. Buscaba valorar el comporta-

miento de personas normales en una situación particular. En una simulación de prisión, unos representarían el papel de presos y otros el de guardianes. Los autores concluyeron que, dependiendo de la situación en la que se ponga a las personas, a la mayoría se les puede obligar a hacer múltiples cosas, independientemente de su moral, convicciones, valores y creencias.

Muchas veces el egoísmo y la falta de empatía generan violencia, la cual se incrementa, como señaló Fromm, en el "narcisismo agrupado".

Una película pues, para entender que el ser humano se caracteriza por su capacidad para autoeducarse en la libertad individual. Para no dar "razones" a los agresores. Para no volver a victimar a quien ya ha sufrido la agresión, sino a impartir justicia y hacerlo con atención y afecto al miembro social que ha sufrido el zarpazo de algunos de sus congéneres.

LA NARANJA MECANICA

Basada en la novela de Anthony Burgess.

Guión, producción y dirección de Stanley Kubrick.

Película que marcó un antes y un después en el tratamiento de la violencia. Violencia lúdica, gratuita, irreflexiva, placentera, jocosa.

Se ha dicho que Kubrick buscó que el visionado de la película conllevara reflexión y vívida repulsa contra la violencia.

Lo cierto es que no todas las personas decidieron verla o pudieron concluirla. Y es que la violencia que se desencadena

por un grupo comandado —como siempre— por el más psicopático y conformado por un débil mental, un tímido huidizo y un miembro que busca mediante el robo simplemente lucrarse, es una violencia sin causa, o al menos sin causa aparente.

Todos recordamos los trágicos sucesos protagonizados por Javier Rosado y su joven compinche en el denominado “juego del rol” o el más reciente de las dos muchachas que mataron vilmente a Clara, su compañera en San Fernando (Cádiz). ¿Cuál era el motivo?. Posiblemente la respuesta está en la película cuando el actor principal, el más desalmado expresa “La bonita ultraviolencia que nos mataba de risa”.

La película reúne como en la realidad la violencia unida al sexo, la masculinidad entendida como desbordamiento de testosterona (el asesinato lo comete con un objeto decorativo que tiene en su casa una mujer sola, se trata de un enorme falo con sus correspondientes testículos). La orgía de golpes, porrazos, bastonazos se entretiene con lo que el psicópata verbaliza como “mete saca”.

Obviamente, pues resulta lógico en quien busca ocasionar el mayor daño posible, se viola brutalmente a una mujer delante de su marido.

A lo largo de la cinta vamos apreciando la patología del sadismo, el desprecio a los otros ya sea un mendigo viejo y solo y exactamente por serlo, u otra pandilla de violentos con ropajes y parafernalia nazi.

En la primera parte de la película asistimos a la violencia de grupo que se potencia en espejo, si uno da una patada el otro da dos. Ese frenesí que desprende

el poder sobre la víctima, esa conducta irreflexiva del ser humano en cuanto se siente grupo nos enfoca una terrible verdad, la despersonalización.

Así se conducen, también por carretera, provocando accidentes, poniendo en riesgo su propia vida para sentir la subida de adrenalina porque “somos los amos de la carretera”.

Además la película impacta, porque sobre una banda musical magnífica nos presenta a los agresores vestidos absolutamente de blanco casi angelicales, si bien con un toque burgués y de adultos cual son sus sombreros (bombín, de copa) y con unas botas negras agresivas militares. Unase los bastones que además de ser utilizados como armas esconden en el caso del psicópata un lacerante estilete.

Vincent Ganby del New York Times dijo que “deslumbra los sentidos y la mente”.

Hacia la mitad de la naranja mecánica, el grupo intenta rebelarse contra su líder, pero este muestra el por qué es su jefe, y lo hace dando rienda suelta a su dureza emocional, de forma consciente y previamente valorada. -Prende fuego al incendio-, la violencia funciona, acobarda, acalla a los propios violentos.

De manera sutil, insidiosa, el espectador va quedando “enganchado” de ese psicópata que mira desde abajo con ojos amplios infantiles y escrutadores, a uno de los ojos el actor principal -etimológicamente hablando- le añade unas amplias pestañas de mujer que aún desconciertan más, pues se unen a una sonrisa irónica, cáustica, inaprensible, imposible de compartir.

Llegamos al último tercio de esta magnífica obra del cine, y tras el asesinato llega la individualización, se acabó el grupo. El psicópata vuelve a mostrarse indefenso, dúctil, infantil, desprotegido, busca responsabilizar de lo acontecido a sus compañeros de diversión. Llega a la cárcel con una sentencia de 14 años y se adapta a las normas, camaleónicamente se gana la confianza del capellán.

Es elegido por ser "emprendedor, agresivo, listo, joven, cruel y vicioso" para DE JUSTICIA experimentar una nueva terapia basada en un shock + shock, en visionar necesariamente violencia + violencia, violencia y sexo. Esta violencia se le administra en sesiones de cine en las que no puede cerrar los párpados (instrumental y brutalmente abiertos, sus ojos son humedecidos continuamente por un colirio), y es estudiado y analizado en sus respuestas y valoraciones mediante electroencefalogramas y respuestas psicogalvánicas, apreciándose su atracción por el rojo, por la sangre.

El verdugo se convierte en paciente, que sufre las sesiones privado de libertad, preso de una camisa de fuerza. Es el reverso de lo que ha hecho cuando maniata a sus víctimas, cuando les introduce una pelota en la boca y amordaza.

Ahora sufre unas inyecciones que consiguen la aversión cuando ve violencia, refuerzo negativo que conlleva malestar, náusea.

A los psicólogos forenses no nos es desconocida esta "terapia", se ha utilizado y se usa en algunos lugares con los abusadores sexuales, los datos de que disponemos no avalan un éxito concluyente.

Ahora con los avances científicos, nos cabe interrogarnos éticamente por la

posible utilización de modificaciones genéticas para tratar (eliminar) los comportamientos psicopáticos y pedófilos. El capellán de la cárcel clama contra esta forma de suprimir la criminalidad, pues entiende que cercena el libre albedrío.

Cuando está concluyendo el tratamiento y en una de las sesiones, este joven desvinculado con los sentimientos de los demás ahúya de dolor, porque ya aborrece la violencia y ésta le es mostrada acompañada de la novena sinfonía de Beethoven, a quien admira y sacraliza.

Por fin, sale a la calle y es rechazado por los padres (digno de estudio psicológico la interrelación de un padre débil y una madre infantilizada). Su habitación está ocupada por un joven huésped alquilado, —un hijo sustituto—.

Vuelve a la intemperie y se encuentra con el mendigo al que golpearon, y es zarandeado por un grupo de viejos desheredados. Levanta la vista y los policías que tiene delante resultan ser sus compañeros de fechorías.

Es víctima, sufre incompreensión, está incapacitado para dañar y fortuitamente llega a la casa donde vivía aquella mujer a quien violaron que ulteriormente (y según el marido por causa-efecto) murió. El dueño que quedó inválido le reconoce, le droga, le castiga de forma percutiente con la música que más le atraía y que ahora repudia.

El actor principal, este verdugo, esta víctima, no puede más, razona un pensamiento autolítico y se lanza por la ventana, pero no se mata, queda destrozado y se recupera en el hospital. El gobierno recula, quieren que sea libre, pero redimiéndose de la culpa, de haberle quebrado la voluntad.

El diagnóstico de quien ostenta la autoridad —y se mueve por intereses políticos—, coincide con el paciente “Vuelvo a estar curado”.

Incierta y preocupante afirmación.

¿Está rehabilitado?, ¿sabemos erradicar la psicopatía?, ¿es ético privar de libertad intrínseca a un ser humano, para preservar la seguridad de sus conciudadanos?.

El Delegado de Libertad Juvenil que le trató, en un momento determinado le escupe a la cara, ha fracasado en la evitación del daño futuro y previsible. El Funcionario de Prisiones sentencia en otro pasaje “ha asesinado y volverá a hacerlo”.

Dejó escrito J.R. Meloy (1988) “La ausencia de emoción percibida en los ojos de los psicópatas, una mirada que provoca en quien la observa una respuesta primitiva, autónoma, temerosa frente a un depredador (...) los ojos reptilianos son, en cierto sentido, la antítesis del reflejo afectuoso del niño en los ojos de la madre (...) la mirada fija del psicópata es el preludio de la gratificación instintiva, en vez de una relación empática”.

Se ha provado erradicar esta y otras violencias con la irreversible psicocirugía. Con medios mecánicos y de aislamiento. Con la administración de agentes psicotrópicos como las butiroferonas (agresividad psicopática); betabloqueantes (pacientes que sufren un proceso orgánico: Alzheimer; Huntington); neurolepticos (contención de pacientes violentos); haloperidol, clorpromazina (cuadros psicóticos). Y se están probando las sales de litio, y la eficacia de la clozapina en la agresividad patológica y medicamentos que actúan sobre la transmisión serotoninérgica...

Se ha abordado el tratamiento con psicoterapias grupales en comunidades terapéuticas (psicodrama; relajación; análisis transaccional; psicomotricidad relacional; terapia de realidad) y terapias familiares.

La relación terapeuta-paciente ha propiciado también psicoterapia individual, utilizando métodos analíticos (transferencia, catarsis, insight, sublimación); terapia cognitiva para el desarrollo de habilidades de resolución de problemas; terapia conductual (control de contingencias, privación, economía de fichas, contrato conductual); técnicas aversivas (castigo como procedimiento); técnicas de modelado (aprendizaje social); refuerzo social (asignación de tareas, “feedback”, instrucción).

La verdad es que hoy no sabemos cómo reinsertar socialmente con garantía de éxito a un psicópata; los que están encarcelados mienten descaradamente, son manipuladores en estado puro, no se responsabilizan y no muestran deseos de cambio.

Un proverbio chino asegura, “Es más fácil variar el curso de un río que el carácter de un hombre”. Sin embargo y en estos casos esta es la misión del psicólogo, sabedor de que lo difícil no es sinónimo de imposible. Y que la “naranja mecánica”; ha servido de referencia a muchos inadaptados que se agrupan en pandillas.

EL BOLA

Guión y dirección de Archero Mañas

Archer Mañas ha conseguido una película sobre el maltrato a la infancia sin estridencias.

En un barrio obrero de Madrid, unos niños de unos 12 años van al colegio y

juegan peligrosamente a coger una botella de las vías del tren justo antes de que este llegue.

Un niño, Pablo, vive con sus padres y la abuela, ésta padece problemas propios de la edad (tiene que ser duchada y lavada, padece incontinencia urinaria), su hijo, el padre de Pablo, la trata con condescendencia.

Este hombre gris, entristecido que trabaja en una ferretería (es el propietario), resultará ser un maltratador, anónimo como tantos, sin descontroles conductuales (trata bien a sus clientes), sin implicarse en actividades extravagantes, ni consumir alcohol u otras drogas.

¿Quién pudiera sospechar que este correcto conciudadano es un maltratador?

Es más; una vecina, clienta de la ferretería, le dice al padre en presencia de Pablo "si tuviéramos la edad de Pablito no nos dolería nada, ¿a qué a ti no te duele nada Pablito?". La vecina tiene achaques e interpreta como tantos y tantos que los niños no tienen problemas, no sufren, se idealiza la etapa de la infancia, salvo ocasionalmente cuando se fija la memoria en esa etapa tan intensa como dependiente.

El rostro de Pablo muestra tristeza, llega al colegio un nuevo alumno y con él se relaciona Pablo indicándole "yo no tengo amigos". Pese a ello tiene esperanza, es un niño, lo dice "me llaman el bola porque siempre llevo una bola, es un rodamiento, me trae buena suerte".

El padre de Pablo de manera constante, plumiza, está siempre encima del hijo recriminándole pues todo lo que hace le

parece mal, no admite que le conteste o como grita "que me quites la mirada".

Un mundo sórdido, oscuro, tétrico para un niño, que contrasta con el día que Pablo pasa con el amigo Alfredo en el parque de atracciones, allí se conocen, se divierten, comparten sensaciones.

La tristeza vuelve a apoderarse, al comprobar como Pablo sus padres y la abuela van al cementerio para conmemorar el aniversario de la muerte de su hermano muerto en accidente.

Aquí empieza a entenderse, —que no compartir— la actitud castrante y depreciativa del padre, un pobre hombre que no ha superado la pérdida del hijo y que en el fondo no acepta a Pablo, al que más que educar busca corregir. Es por ello que todo lo que haga Pablo le molesta, más si capta felicidad en el niño.

Un día Pablo hace "pellas" por una causa que podemos valorar como justa, cual es acompañar a su amigo Alfredo al hospital para ver al padrino de este que se encuentra hospitalizado y terminal por S.I.D.A. Al descubrir el padre que Pablo ha faltado al colegio le insulta "hijo de puta" y le golpea. No le escucha, no le pregunta razones, descarga en su hijo su impotencia, su rabia, su malestar.

El padre de Pablo, ese hombre vulgar, nada asertivo es incapaz de decir no a otro adulto, es servil. Por eso cuando los padres de Alfredo y otros amigos invitan a Pablo a pasar el día en el campo con ellos, el padre no se lo impide, pero siente que su autoridad está en peligro, que su tiranía del terror se tambalea, por eso cuando Pablo regresa tras disfrutar de un día donde las relaciones entre adultos y

con los niños son de confianza, de alegría, de respeto, le vocea " Te prohíbo volver con esa gente, porque lo digo yo y a tomar por culo". Pablo masculla entre dientes " hijo puta, ojalá te mueras", no sabe que ha sido oído, al girar la mirada ve los zapatos de su padre, su sombra. Pasan los días y no va al colegio, Alfredo, su amigo que ya le había visto magullado, pregunta a los compañeros y estos contestan " su padre le habrá caneado, todo el mundo lo sabe perfectamente".

Y uno se pregunta, si lo saben los alumnos, ¿cómo es que no lo saben los maestros?. Porque llaman al padre cuando el niño se va de clase (el día de las " pellas"), ¿pero se preocupan por saber las causas de sus ausencias continuadas durante días?. A su vuelta, el rostro de todos los compañeros denotan que saben lo que ocurre. Y callan, como siempre en el maltrato hay un cobarde que agrede y uno o muchos que callan.

Estamos ante un caso más de maltrato silencioso, el de los niños, estos pequeños ciudadanos que no se asocian, que no van a los medios de comunicación para exponer sus sufrimientos, estas víctimas a quienes los que tenemos encomendada su defensa impedimos para preservar su intimidad y su honor que aparezcan en la televisión mostrando sus heridas, golpes, quemaduras

Pablo niega ante Alfredo las causas de sus magulladuras, es víctima del miedo, de una sociedad que entiende que con quien mejor está un hijo es siempre con sus padres y no, no es así, los derechos humanos han penetrado en las escuelas, en los hospitales, en los cuarteles, pero no en todos los hogares. Los malos tratos acontecen primordialmente en el hogar y lo sufren los débiles. Una erró-

nea concepción de la patria potestad victimiza a los hijos.

Alfredo, el verdadero amigo de Pablo, denuncia a sus padres lo que está sufriendo Pablo. Llega el debate de los adultos ¿cuándo denunciar?, ¿al inicio de los malos tratos o bien cuando estos resultan incontestables?. Por un lado nadie se quiere implicar, es peligroso, es molesto y además ¿sirve para algo?, ¿se puede volver en contra del niño?. Alguien afirma " si el niño lo denunciara".

Esa es la realidad, se carga en una víctima indefensa la responsabilidad de su salvación y sabemos que no es posible, que un niño quiere a sus padres aunque los tema, que no sabe si será creído en su denuncia y qué repercusiones tendrá para él (o bien volver con el agresor o que éste vaya a la cárcel y entonces ¿de qué vivirán?).

Lo dramático es que cuando doy conferencias, en muchas ocasiones a profesionales de la salud, de la educación, de los servicios sociales, es común que te pregunten ¿pero cuándo denunciar y es bueno denunciar? o ¿ante quién denunciar?. Creo que esas preguntas esconden falta de compromiso de solidaridad con el indefenso, una bastarda cobardía repudiable en cualquier ciudadano, insufrible en quien trabaja con niños.

La película, con una música que se repite como fondo, con el traqueteo del tren que como la vida pasa, nos va desvelando esas causas encubiertas que son el factor que desencadena ese hábito de maltrato, ese ambiente de recelo, de odio.

Pablo con la claridad y la inocencia de los niños desvela ante Alfredo su amigo

parte de la etiología iniciática del problema "mi hermano murió antes de que yo naciera, tenía que ser un poco gilipollas, mi padre se tira todo el día comparándolo conmigo".

Avanza la cinta, como lo hace el maltrato, a más, en cantidad, en gravedad. Al fin en otra tensa situación que el padre provoca incapaz de reconducir las situaciones conflictivas grita a su hijo "te arranco la cabeza", la madre intenta mediar, intervenir, pero ella también es víctima, su marido le espeta "Tú calla". Pablo que ha conocido otra forma de relacionarse sin ser vejado, que ahora sabe que lo que le ocurre no se lo merece se enfrenta a su padre "hijo de puta, ojalá te mueras" y le escupe a la cara. Es entonces cuando el padre pierde absolutamente el control, le golpea, pateo... la madre tiene que llamar a los vecinos, el niño huye —cuando se ve esa imagen y yo lo he hecho varias veces entran muchas, muchas ganas de llorar—. La madre se revuelve contra su marido "maldito cabrón, ojalá te mueras".

¡Cuántas veces por un erróneo —evitar un mal mayor—, por reinterpretar con un — en el fondo le quiere—, no se pone límite a lo que ya es inaceptable!

Aún resuena en mis oídos lo que me dijo "el bola" cuando en su localidad visioné la película junto a él y el alcalde, al acabar me comentó "esto pasa mucho aquí". Sin más, la asunción del maltrato a los niños en el hogar como algo normal, cotidiano. Empezamos por —una bofetada a tiempo— pero ¿un adulto entiende que a él se le puede abofetear?

A Pablo le tienen que dar puntos en el párpado, se desmaya, se le cae la bola. El pánico se ha apoderado de Pablo "mi padre ve va a matar, me va a matar". ¿Y

quién puede asegurar que no vaya a ser así después de ver con la saña que le ha pateado, fuera de sí?

Pablo se refugia en casa de Alfredo, el padre de éste si se compromete en la protección del niño aunque una amiga le asesora "lo que vas a hacer no es lo mejor para ti", él contesta "no estoy pensando en mí, estoy pensando en el chaval" y lo coge en brazos.

La soberbia película acaba con Pablo declarando: "Me daba patadas y me tiraba del pelo, me quemaba con cigarrillos y me hacía beber el pis, antes de ir a la cama me hacía tomar una pastilla para hacer caca, cuando me portaba mal me encerraba en la habitación a oscuras y me metía en el armario, me decía que hasta que no me arrepintiera no me iba a sacar, que me dejaría ahí, hasta que muriera, no me dejaba ir con mis amigos y me hacía trabajar en la ferretería, me insultaba, me escupía, decía que le daba asco, que me tenía que haber muerto yo y no mi hermano. ¿Lo digo? Hijo de puta, mal nacido, cabrón, mierda, gilipollas, cerdo, maricón".

Como vemos, los golpes eran sólo la punta de iceberg de una realidad más cruel e indignante.

Por cierto que está muy bien traída la expresión "¿lo digo?" y llega su catarsis, la verbalización, la definición de lo que es su padre, la adjetivación incontentida.

Al respecto deseo dejar constancia de la marcada diferenciación que se ha de hacer entre víctima y verdugo, de lo contrario el niño puede llegar a creer que es parte generadora del problema.

Me parece importante declarar como hice en el Círculo de Bellas Artes de

Madrid cuando presentamos la película junto a Pepa Homos (presidenta de la O.N.G. Save the Children España) y Eduardo Torres Dulce (fiscal y crítico de cine) que los niños víctimas de malos tratos, entre ellos los abusos sexuales, si bien se forman desde el malísimo ejemplo y su bagaje de interrelación se conforma con el distorsionado aprendizaje vicario el —en este caso— pernicioso modelaje, no tienen porqué dar razón a la fatídica profecía autocumplida y convertir en realidad la herencia intergeneracional de la violencia.

Hoy las víctimas de malos tratos pueden ser tratadas psicológicamente para evitar cargar con la pesada lápida de ser hoy víctimas y en el mañana verdugos.

El bola es una buena película, eficaz, que huye del morbo y la exageración, como nos dijo su productor en la presentación antes reseñada, "primó la prudencia", pero eso no pudo evitar que el actor que asumió el papel de maltratador sufriera mucho, muchísimo en el rodaje y se quedase "shocado" tras la grabación de la paliza al hijo". Así son por fortuna la mayoría de las personas, incapaces de infringir dolor y violencia a un niño indefenso, pero eso no ha de ocultar una terrible realidad, cual es que el maltrato a la infancia existe y en mucha mayor medida de lo que se puede suponer.

Uno de los aciertos de la película, es que nos muestra a un maltratador que es un hombre corriente, sin patologías aparentes (aunque obviamente las padece) y un entorno que si bien intuye lo que ocurre, se mantiene pasivo.

Los ciudadanos han de saber que denunciar estos hechos vergonzosos es un deber, que existen Instituciones cuya

labor es la persecución de esta locura del género humano y que la intervención no siempre es traumática y represiva con el que se inicia en el maltrato, sino formativa y terapéutica, pero que en todo caso ha de primar el menor interés del niño, su derecho a ser feliz, a evolucionar sin golpes, angustias, ni miedos.

Una película para la reflexión y la implicación en todos los casos. El padre de Alfredo, un hombre bueno se ve "obligado" a dar una bofetada a su hijo para encontrar a Pablo, la da con un razonamiento previo, con afecto y comprueba que no es eficaz.

El film termina con la imagen de la bola encima de la vía del tren, este pasa por encima. La bola deja de serlo. Una terrible alegoría.

LA SOGA ("ROPE")

Dirigida por Alfred Hitchcock

Esta es una película que se inicia viendo como dos hombres jóvenes ahorcan a un tercero en una habitación. Es una obra para el teatro, no hay exteriores, pero sobre todo es la recreación del pensamiento de un ser que ha crecido desarrollando un sentido sádico del humor.

Mata por placer, pero no del acto en sí, sino de la superior inteligencia que se le supone a quien todo lo organiza para no ser descubierto, y prepara una ulterior e inmediata fiesta en el lugar del crimen, empleando el arcón dónde han ocultado a la víctima para servir el "buffet" de la cena.

Este joven que se sabe inteligente, pulcro mentalmente utiliza a todos los que tiene a su alrededor, al amigo que

designa como víctima, al que selecciona para llevar a efecto su crimen de forma que sus manos le conviertan en famoso, pero no por ser pianista, sino por anudar la soga a la víctima.

Pero no está contento con esto y escenifica el crimen invitando a la que es novia de la víctima y a un exnovio y al padre de ese amigo que ha asesinado con frialdad y asepsia que viene acompañado de su cuñada pues su esposa se encuentra levemente enferma.

Va creando un clima psicológico enraizado, intrincado, confuso, desagradable, porque juega con los sentimientos de los demás, con sus conductas, son marionetas a utilizar por un intelecto que disfruta y lo manifiesta tomando "champagne" y verbalizándolo en más de una ocasión "el crimen también puede ser un arte".

Tampoco con lo antedicho se siente satisfecho, precisa algo más, un más difícil todavía, es por eso que invita a quien admira desde niño, un profesor con una inteligencia preclara, crítico, lógico, que se sabe dotado cognitivamente, que emplea las frases con doble sentido, que es capaz de mostrar a los otros convidados la estupidez de algunas de sus reflexiones e ideas y hacerlo sin llegar a molestarlos.

Alfred Hitchcock profundo conocedor de la mente humana nos invita a entrar en esa habitación para sentir el juego y la emoción intelectual de quien ha estrangulado para aprender, para demostrar que existe el crimen perfecto.

Como tantas veces, los asesinos son dos, pero sólo uno es el inductor el que piensa y expresa "hemos matado a la salud del crimen" y también "la pasión de matar puede dar felicidad".

Cree el autor de este asesinato sin piedad, sin causa aparente, sin sentimiento, que su compinche, otro universitario como él de muy buena posición económica, podrá ser manejado durante toda la representación que ha preparado, pero no es así, él se pone en la situación de la víctima y le expresa al victimario "fue insólito verse asesinado". A partir de aquí la ansiedad se va adueñando de él, la angustia se hace insoportable, bebe y bebe alcohol para olvidar el horror, para eludir el miedo, su autodomínio se desvanece, pese a que su amigo al que reconoce que le tiene miedo le recuerda "acordamos que cometeríamos un crimen perfecto".

Pero su brazo ejecutor, su compañero, su amigo (no más que el asesinado) le dice en un momento dado "nunca te ha importado los sentimientos de los demás" y obtiene como respuesta "no soy un sentimental".

Sin embargo el descontrol de su compañero de crimen le empieza a situar en posición incómoda y aún de riesgo, por eso y en voz alta ante todos recuerda, le recuerda, que ya él ha estrangulado en una granja muchos pollos. Se aprecia que ya entonces le había conducido a hacer algo que no quería, o de lo que el autor se arrepentía.

La distancia afectiva total del refinado asesino queda clara cuando susurra a su pareja de crimen "no consentiré que nadie se interponga en mi camino".

Sus formas son sutiles y delicadas, sus modos correctísimos, aborrece la vulgaridad, la sordidez, los asesinatos en masa, se recrea desde su pedestal "el asesinato es un delito para la mayoría, pero un privilegio para unos pocos".

Los invitados se indignan en ciertos momentos, pero son atraídos por su personalidad en otros, llegan a comentar entre ellos "es un ser completamente diabólico".

El padre de la víctima (que no sabe que lo es), se indigna y no acepta escuchar de ese instruido joven universitario reflexiones del tipo "el crimen es un arte, las víctimas serían seres insignificantes y quien lo ejerce, seres superiores" o "el bien y el mal son sólo criterios morales".

Racionaliza su forma de proceder, se autojustifica. El ha dicho "esta fiesta merece una página en la historia".

Es, son descubiertos, no podía ser de otra forma, ha ido dejando muchas señales ¿para ser aplaudido?, ¿para ser sancionado?.

Y le dice a su maestro, "convertimos en realidad lo que discutíamos, no hemos hecho más que eso, hacer realidad lo que teorizamos: La vida de los seres inferiores carecía de importancia. Para los seres superiores los conceptos de lo justo y lo injusto, de lo bueno y lo malo, no son válidos".

El maestro, su maestro, le da las gracias por hacerle sentir avergonzado de haber hablado sobre conceptos de seres superiores e inferiores, "todos somos seres individuales, simples seres humanos con derecho a pensar, a vivir y a trabajar con plena libertad. ¿Qué derecho tienes a decir que eres superior al resto de seres humanos?, ¿Creías que eras Dios?. ¡Eres un asesino!".

Aquí se introduce un juicio de valor interesante, el maestro le espeta "desde un principio ha existido en tí un sentido

criminal que te ha hecho capaz de realizar un crimen".

¿Está hablando de ideas lombrosianas, del perverso moral de Freud, de estructuras genéticas desviadas?, al fin ¿de una maldad innata?.

El le ha transmitido unos criterios indignos, peligrosos, injustos, pero que quedaban o así creía en el debate retórico, ¿qué ha conducido a su alumno brillante al paso al acto?.

Ese alumno que había pensado en invitar a su maestro en esa ceremonia, pero que desterró la idea porque es un hombre sincero, que se vería abocado a decir la verdad.

Oímos a muchos niños decir a otros "te mataré" y a algunos adultos "lo mataría". ¿Qué es lo que nos lo impide?, ¿la convicción de que no existe el crimen perfecto?, ¿el miedo a ser detenidos?, ¿la náusea de pensar que nuestras manos con las que hemos de convivir hayan apretado la soga?, ¿el desarrollo moral aprendido en nuestra maduración como expone Kohlberg?.

Ese actor principal, que lo es por haber matado expresa "nadie es capaz de matar para tener esa sensación, ese placer". Se equivoca, él lo hace. Y ¿cuántos más?.

Criminólogos, policías, psicólogos y psiquiatras forenses, jueces, fiscales, abogados, algunos presos y varios ciudadanos que se cruzan tranquilamente por la calle saben que un día "sintieron esa intensa sensación".

Unos son inteligentes otros no tanto, pero les iguala su analfabetismo emocional, su incapacidad para sentir el aliento

del otro como esencial para el otro y para sí mismo, su impotencia para descubrir que el yo nunca puede ser superior al tú.

Hay muchos cínicos, muchas conductas inhumanas producidas por ser vivos con almas muertas, mucho megalómano que hace daño sin necesidad y además disfruta con esa conducta. Thomas de

Quincey nos lo describió en "El asesinato como una de las bellas artes".

Entre nosotros hay quien desea ser protagonista, que entiende que matar es una diversión, que la muerte de los demás es una simple anécdota.

Lo dijo Hesse " No hay otra realidad que la que tenemos dentro de nosotros".